

## LO INEFABLE.



En vísperas de querer la paz y de querer aportar algo para que suceda, aparece la oportunidad de contar una historia.

De todas las historias contadas alrededor de muchos países, la de Colombia no tiene dueño. Son muchos años con una herida que no sana, en la que diversos actores hacen de ella un lugar de violencia sin límites. El mundo sufre uno de los peores caos, la naturaleza pide a gritos una tregua y los seres humanos agonizamos en codicia, lujuria y envidia.

Han sido muchos los acontecimientos de tristeza, si nos ponemos a nombrarlos no nos alcanzarían las hojas de todos los árboles para plasmarla. Somos 48'929.706 habitantes aproximadamente, y se podría decir que cada uno de nosotros tiene una historia para

contar, personajes para recordar, muertos para llorar. Pero ese quizá no sea el punto, lo que nos debe preocupar e inquietar, es: ¿qué estamos haciendo para que esto no continúe?

Hay edades para enterarnos de cada suceso que trae la vida, ahora, a mis veintidós años puedo comprender que a los ocho años no era la edad para enterarme de la guerra, de todo lo que representa vivir en Colombia. A los ocho años sólo jugaba e imaginaba que la vida era color de rosas que un juego de barrio representaba la unidad de muchos niños, con diferencias, con ganas de inventarnos fantasías, intentando ser algo.

Integrándonos para ser felices, planeando un próximo encuentro, tú traes tal cosa, yo llevo la otra y así se iba armando el juego. No había traiciones, no había rencores; éramos nosotros. Todos descalzos, todos felices, yo agradezco esa infancia, fui afortunada. Pero aquí aparece la otra cara de todo esto. Hay niños que no contaron con mi fortuna, a ellos les tocó irse a luchar unos ideales que no los hacían merecedores, hacerse participantes indirectos de una violencia que nos involucra a todos. Que yo no pertenezco a esa desdicha, pero me hace participante. Que hoy puedo contar una historia diferente, pero que sigo siendo parte de la guerra. Lo que está en crisis no es la paz, sino el interés de cada uno de creer en ella. No sabemos aceptar la diferencia ni comprender que el amor no cambia, heterosexuales, homosexuales, todos humanos, todos con sentimientos con ganas de amar y ser amados. ¡La paz debería parecerse a un juego de barrio!

Yo no sabía cómo dar un aporte a la paz, empecé a descubrirlo cuando escribí para unos amigos e inmediatamente ellos empezaron a preguntarse: “¿Qué estamos haciendo para cambiar esto?” Fue una charla larga en la que se afloraron frases dichas por muchos personajes que ya no están, pero que hemos pasado por alto sus legados, Jaime Garzón y su frase inmortal: “Si ustedes los jóvenes no asumen la dirección de su propio país, nadie va a venir a salvárselos” Esa frase nos retumbaba tanto que hasta pensamos en que han pasado tantos años queriendo un cambio, pero no hacemos nada, seguimos en la misma queja. De ahí en adelante empecé a hacer un recorrido en el tiempo y a centrarme en qué seguía igual y qué había cambiado. Mi primera experiencia fue escuchar que ni siquiera nuestros mayores creían en la paz, eso es triste, pero resulta más triste ver que seguimos sin hacer nada, con las mismas técnicas, seguimos en el adagio del “ojo por ojo” “violencia con más violencia” este es el mismo aporte de hace 50 años a la paz que tanto queremos.

La paz como el hijo negado es el que más tiene rasgos de ser lo que es, pero el que todos niegan. No hemos probado la técnica de escucharnos, de entendernos, de no juzgarnos. Esa nos resulta muy difícil, la fácil es juzgar, indignarnos, insultarnos, herir, agredir; tantas expresiones no tan buenas que usamos a diario para hacer daño.

¿Por qué no nos dejamos tocar de la paz? ¿Qué es eso tan malo que no los impide? ¿Por qué es tan difícil? Preguntemonos eso, hagamos un pare a todo esto, un basta ya, pero algo que nos incluya a todos, que no sea a medias. Creo que se habla tanto de esto, pero no se soluciona nada. Es claro que las palabras salvan, pero también es claro que el hambre no se sacia con palabras, saciar las necesidades básicas también hace parte de la paz, pensemos en que todo esto es una pirámide de necesidades y que las unas llevan al fortalecimiento de las otras, es importante amarnos, escucharnos, pero también es importante alimentarnos, tener salud, educación, un empleo. No hemos cambiado nada, cada tantos años mueren personas que luchan por encontrar una tregua, pero se nos olvidan esas luchas, y volvemos a lo mismo, a culpar a unos gobernantes, claro los que nosotros elegimos, dejemos de decir que esto es culpa de unos cuantos, es culpa de todos, y como es culpa de todos, vamos a solucionarlo todos.

Hay que soñar con la paz, creer en la paz, hacer la paz. Enseñar a sus hijos que una minifalda y un tatuaje no son símbolo de ser mala persona, es simplemente una forma de vivir, una filosofía de ser y tener un lugar. Las creencias, los sentimientos deben ser respetados, debe haber comprensión, integración y reconocimiento, generar nuevas oportunidades de materializar la paz, de ponerla en un escrito, en una canción, en un video, para que así no se contemple la posibilidad de repetir historias que las memorias nos ayuden a la reconstrucción, que el miedo a perdonar no nos termine de hundir. Pensar que somos la suma de unas guerras y que seguimos aquí y que podemos hacer algo por cambiar la historia, ese algo que está en cada uno de nosotros, las cosas que creemos de menor valor, son las más importantes: dar un abrazo, ceder el puesto en la fila, darle el mismo lugar y respeto al señor que vende los aguacates en la carretilla que al asesor de ventas de un supermercado.

Todos soñamos con una Colombia libre, tranquila, llena de paz; pero, para empezar, tenemos que sanar los dolores internos. Pensar que todos somos seres humanos y que podríamos en cualquier momento desviarnos del camino. Comprender que la guerra mejor librada es esa que se vence contra usted mismo. Es tiempo de desmovilizar los corazones y luego las armas. Entender que no es una lucha de buenos y malos, que

todos somos responsables, a todos nos duele Colombia, todos somos dueños de la guerra, que no es cuestión de buscar culpables ni de decir: “esto está como está por culpa de los malos”, pero vamos a hacernos otra pregunta ¿A qué “malos” nos referimos?

Por último, la paz no es un presidente, la paz no son unos grupos armados, la paz es cada uno. Hagamos de cada espacio un lugar para todos. Este escrito es una invitación a la reflexión, a mirar qué tanto estamos aportando a la paz, es un llamado al patriotismo. A no solo sentirnos colombianos cuando juega nuestro equipo de fútbol, a adueñarnos y estar orgullosos de nuestro territorio, del que todos hacemos parte, que si bien, tenemos una historia particular y esta misma nos hace compatriotas, la misma historia por la cual seremos vistos y juzgados a partir de ella. Si yo creo que la paz es posible, ¿qué te lo impide a ti? Tú que te tomaste el tiempo de leerme, empieza a hacer algo con todo esto. Si tu paz es escribir, escribe; si tu paz es leer, lee; y si tu paz es soñar al igual que yo, pues empieza a soñar, empieza a creer en todo esto, en esta paz que es de todos, ganemos el premio de la paz. Así como volvemos tendencia una imagen de la vida de cualquier famoso, también volvamos tendencia la paz; así como defendemos a nuestro cantante favorito, también defendamos este país, sigamos creyendo en la paz, desde los ideales de cada uno, exploremos el camino que nos incluya a todos. Que nuestra libertad no dañe la de los demás. Muy bonito nos lo mencionó Gabriel García Márquez “Amar como nunca al país que merecemos para que nos merezca”. Puedo gastarme todas las hojas, toda la tinta y tal vez toda una vida para expresar todo lo que siento por este pedazo de magia que día a día me sigue doliendo. Esta es mi paz, mi paz inefable.

Karen Margarita Arrieta Viana.